

BANGKOK

(Junio, 2007)

Viajamos por vez primera a Bangkok en agosto de 2002. Dos meses antes mi hija se había incorporado a la Comisión de Desarrollo Económico y Social para el Sureste Asiático y Pilar y yo íbamos a hacerle la primera visita.

Teníamos previsto llegar a media mañana. Mi hija había dicho que estaría trabajando cuando llegáramos y que le dejaría la llave del piso al conserje. Luego me había deletreado varias veces la dirección para asegurarse que yo la escribía correctamente. Al taxista le resultó fácil dar con la zona pero no con la calle. Comenzamos a dar vueltas. Yo le repetía la dirección una y otra vez, pero él no hablaba inglés y yo no hablaba tai, una lengua en la que, como aprendí después, los tonos son más importantes que las sílabas y una misma palabra puede tener cinco o seis significados distintos según como se pronuncie. O sea, que cuanto más énfasis ponía yo en pronunciar la calle, el

número y el nombre del edificio, y más despacio vocalizaba, mayor confusión le inducía.

Al final, un vendedor ambulante logró entenderme y se lo explicó al taxista. El hombre vendía fruta pelada y cortada en bolsitas de plástico transparente. Las bolsitas estaban dentro de una vitrina sobre un lecho de hielo picado. La vitrina estaba montada sobre un carrito y tenía un pequeño cartel en inglés y tai: un cartel de sanidad con una fecha reciente. Vendedor, carrito, hielo y bolsas ofrecían un aspecto impecable.

El conserje del edificio era un hombre mayor, de pelo escaso y blanquecino. Tampoco hablaba inglés y sonreía todo el tiempo. Vivía con su familia en los bajos del edificio, un amplio soportal que servía también de garaje. Ocho adultos guisaban, comían, dormían, charlaban y jugaban a los naipes en los soportales. Para protegerse de la lluvia habían tendido unas lonas. Las lonas chorreaban todo el tiempo pero la temperatura era cálida, incluso por la noche, y el suelo parecía bastante seco. En muchas partes de Asia

la vida se hace en la calle. El conserje y su familia parecían vivir de ese modo.

El edificio tenía cuatro pisos y no había ascensor. Mi hija vivía en el tercero así que cargamos las maletas y subimos resoplando. Entramos, saludamos a Ron, el gato marroquí que mi hija se había traído desde Madrid, dejamos las maletas en el dormitorio y salimos enseguida. No conozco mejor modo de combatir el jet-lag que pasear sin rumbo fijo por una ciudad desconocida. Tomamos el metro elevado en Ari y fuimos hasta Saphan Taksin, que es final de línea, con aire de zombies. Bajamos a la calle y seguimos a la gente, un flujo humano que nos condujo hasta un embarcadero.

“Ahí está” dijo Pilar y señaló al frente. Ví un río enorme. Ella dijo: “El Chao Praya”. Yo lo miré y de golpe me asaltó la certeza de que lo conocía. Tardé casi una hora en recordar que era el río de *La Línea de Sombra* y otros dos en averiguar que Joseph Conrad, por entonces el capitán Tadeus Korzeniowski, oficial polaco al servicio de la

marina mercante inglesa, había visitado la ciudad en 1904. Acababan de darle el mando de un carguero herrumbroso de nombre extraño, el Otago, con las bodegas a medio llenar de carbón vegetal y una tripulación de fortuna. El barco cubría línea entre Bangkok y Singapur y ése era su primer mando. Casi veinte años después Conrad recreó aquella travesía en una novela corta que acabó siendo una de las mejores metáforas que se han publicado sobre el tránsito de la juventud a la vida adulta. Al poco de llegar, y tras mucho dudarlo porque el salario era escaso y los precios altos, Conrad se dejó convencer por el gerente (antiguo marino él mismo) y se mudó al Hotel Oriental. El mismo al que fuimos a tomar el té esa tarde.

Dos días después visitamos Ayuttaya, la antigua capital de Siam arrasada por los birmanos en el siglo XVIII. El viaje lo hicimos en autobús. Llegamos a media mañana, el sol estaba alto y hacía un calor de fragua. De poco servían los paraguas japoneses, esos que se anuncian también como sombrillas, con que tratábamos de

protegernos. El calor se hizo agobiante y el brillo de la luz dotaba a personas y cosas de unos perfiles tan nítidos como hirientes.

Las avenidas de Ayuttaya son majestuosas y los restos de los templos están bien conservados. Algunos han sido prácticamente reconstruidos. Muchos estaban decorados con largas piezas de tela de colores. Vimos seis o siete monjes jóvenes trepando por una fachada escalonada. Sus túnicas amarillas, azafrán y granates destacaban sobre los grises, ocres y marrones de la mampostería. El contraste era fuerte y armónico. Media hora después los encontramos paseando unos arbustos de hojas verdes y flores amarillas con unas guirnaldas azules entre las manos. Me parecieron un canto al color y al movimiento en un paisaje más bien terroso y quieto.

El calor nos derrotó al mediodía y nos fuimos a comer con la lección aprendida: volver en cuanto pudiéramos, hacer una primera visita al atardecer, irnos luego a cenar y a dormir en el pueblo, y madrugar para ver el amanecer

sobre las ruinas al día siguiente. El peor enemigo del buen viajero siempre es la prisa.

Regresamos a Bangkok por el río y a medida que lo navegábamos fui comprendiendo por qué aquél paisaje de aguas turbias y orillas pantanosas, aquella gran avenida de agua, barro y limo sembrada de canales, vegetación, viviendas y templos, me había resultado familiar desde el primer momento, tan cercana pese a su lejanía.

Y era que el espectáculo de las oscuras barcazas sin motor, arrastradas de tres en tres y de seis en seis por pequeños remolcadores provistos de gruesos cabos, me había devuelto sin yo saberlo a mis sueños de niño humilde de ciudad mesetaria, a la dolido y seca capital de un país que recién cumplía veinticinco años de paz, censura y cementerios. Me reviví con doce o trece años tratando de imaginar aquél río y aquellas barcazas en el pequeño dormitorio del pisito familiar, frente a una ventana angosta y un patio tan estrecho como mis perspectivas de entonces. Me vi atrincherado en el minúsculo cuarto de baño para, a

salvo de interrupciones, devorar las apretadas páginas de *Un tifón* o de *El negro del Narciso* que estaban llenas de mar, de barcos, de islas lejanas, de aventureros y de piratas. Me recordé en un colegio grande de disciplina cuartelaria devorando alguno de esos libros abiertos sobre mis rodillas bajo el pupitre, mientras fingía repasar la lista rimada de las ciudades y pueblos de Navarra o los afluentes del Duero por la izquierda. A Conrad (y también a Stevenson, a Salgari, a Kipling) le debo mi primera y fundamental visión del Oriente Lejano. Una visión invariablemente ligada a navíos surcando oscuras y procelosas aguas, y a los hombres que los tripulaban.

Y ahora los tenía frente a mí, estaba entre ellos y resultaba que, más o menos, eran como mi imaginación, seducida por la magia de sus plumas, los había soñado: vacíos y flotantes unas veces, sobrecargados y a punto de zozobrar otras. Si acaso, un punto más oscuros y ciegos. Y, desde luego, ajenos a todo, excepto al hecho mismo de navegar y transportar, no importa qué, no importa a dónde.

Los vi tan grandes y poderosos como la fuerza misma que los mantiene subiendo y bajando por un río que, como los otros ríos anchos del mundo, acaba regalándonos no solo su presencia sino también una metáfora de sí mismo. Es decir, los vi todavía más majestuosos y solitarios que como los recordaba, más cargados de simbolismo, más imponentes.

Simbólicos me parecieron también, aunque por distintos motivos, las “boat houses”, esos modestos sampanes amarrados a frágiles postes y a embarcaderos temblorosos, que son el único hogar conocido de miles de familias a quienes solo les queda confiar, con la resignada sonrisa de los tai de clase humilde, que la anual crecida de la época de lluvias respete un año más sus escasas propiedades, su familia y sus vidas.

Durante este primer viaje descubrí muchas cosas. Descubrí que Bangkok no es solo los grandes almacenes; los mercados y mercadillos del “shopping” continuo; los relucientes templos, el Palacio Real, los mil y un museos,

las casas de masajes, el barrio chino, el tráfico enloquecedor, la industria de la prostitución, los olores del perpetuo cocinar al aire libre o el zumbido de los tuk-tuks... Y, tampoco, los mercados de sedas, especias y flores, las mascarillas de los policías de tráfico, las túnicas de los monjes, la precisa ingeniería del metro elevado, el cementerio cristiano de Silom Road convertido en criadero de gallos, los ciegos tañendo campanitas con los dedos de los pies, los talladores de fruta, los sastres callejeros, los jugadores de dominó y damas, las tejedoras de guirnaldas, el barrio hindú, las mansiones de teca, el mapa de Nancy Chandler, la casa museo y las tiendas de Jim Thompson...

Bangkok es todo eso y mucho más. Pero, sobre todo, es el turbulento e inapelable fluir de un río poderoso, el oscilante empuje de unas aguas color chocolate donde nadie sabe bien qué flota y qué se hunde, cuyo ritmo regula el pulso vital de la ciudad, de las transacciones y del comercio, decidiendo, sutilmente unas veces, con brutalidad otras, la particular psicología y el hasta el humor

de sus habitantes. De hecho, no dejamos de navegar el Chao Praya ni un día de los siete que pasamos en la ciudad. Entre otras cosas porque un asequible sistema de taxis fluviales lo convierte en el mejor medio para moverse a lo largo del centro histórico. Y, también, porque a sus orillas se encuentran algunos de los hoteles más famosos y de los monumentos más notables.

Pero el río es mucho más que su curso principal, y un paseo por los canales que de él nacen y a él desembocan permite asomarse, siquiera brevemente, a la densa trama de una antigua y potente cultura fluvial, a la importancia del agua como modo de vida y vehículo de comunicación.

Mi hija nos sugirió alquilar una barca de “cola larga” y dejarnos guiar por el barquero, ansioso siempre de prolongar, a cambio de una módica suma, el paseo. Abandonamos así los canales (*klongs*) principales – y el insulso espectáculo de darle de comer pedazos de pan de molde a peces-gato de casi cuatro kilos – para adentrarnos por los más angostos, esos donde incluso los barqueros

más avezados tienen dificultades para maniobrar. En esos pantanales, en esa zigzagueante interfaz entre la tierra y el agua, crece y vive de todo, y se trafica con todo: de Pepsi-Cola a jarabe de tigre, desde las orquídeas más hermosas a los insectos más repugnantes. No es raro encontrarse niños y perros nadando en busca de un paso rápido a la otra orilla o por el mero placer de perseguir culebras, tortugas y patos entre los juncales.

No me atrevería a definir a Bangkok, ni siquiera a Thomburi, de canales más numerosos y mejor preservados, como la Venecia de Asia. No me atrevería a definirlos de ningún modo. Pues bajo el caos y la miseria acechante en cada canal se perciben orden y propósito. Incluso en zonas que podríamos llamar marginales no vimos niños desnutridos, la escolarización es alta, muchas casas están siendo reparadas, casi siempre hay luz eléctrica y agua corriente – aunque no siempre potable -, la basura se recoge y la suciedad escasea.

- También puede ser – apostilló Pilar - que el barquero nos haya llevado por las zonas menos duras. Y me recordó la entrevista al padre John, un misionero norteamericano que lleva treinta años trabajando en la mayor obra social de los *klongs*, publicada en el último número de la revista Metro. En ella el padre John aparecía fotografiado en el corazón de una zona de canales míseros del centro de Bangkok donde la violencia, el hacinamiento, el desarraigo, el tráfico de drogas, la prostitución infantil y la corrupción policial hacen estragos. El columnista recordaba que, pese al desarrollo económico y a los esfuerzos de las autoridades, Tailandia en general y Bangkok en particular, siguen en la lista negra de muchos organismos y organizaciones internacionales de derechos humanos, y uno no puede evitar la impresión de hallarse sobre un polvorín a punto de estallar cuando, tras recorrer las márgenes de los canales, camina por Silom Road, almuerza en los restaurantes de Silom Village, o entra en los hoteles y en los centros comerciales de Siam Square.

El último día, en la librería del Museo Nacional, le pregunté a Pilar cuáles eran sus impresiones más perdurables de la ciudad. “El color antracita del cielo con el monzón a punto de descargar” me dijo “El culto a las flores... los sabores a limón, a coco, canela, a nuez moscada,... el universo de mundos superpuestos: el tren elevado, las calles, los canales, los rascacielos,... las mototaxis de conductores uniformados,... los mercados de todo y para todos,... las ejecutivas con trajes de chaqueta y tacones de aguja saltando a las barcazas”. Luego hizo una pausa y añadió: “Tailandia pasa por ser el país más occidentalizado de la zona pero a mi parece un laboratorio viviente, un laboratorio de “modernidad”..., un muestrario de las muchas modernidades posibles” - Y me propuso comprar algún libro que tratara de eso.

Sin pensarlo demasiado escogí *Thai Culture in Transition* que resultó ser la 4ª edición, corregida y ampliada, de una colección de ensayos de William J. Klausner, un norteamericano llegado al país cuarenta años

atrás para hacer una investigación etnográfica en una aldea del norte y se quedó a vivir. El libro justificó luego sobradamente el gasto pero incluso antes de empezar a leerlo supe por qué lo había comprado: y era que en la portada había tres imágenes de la ciudad, del *Wat Arun* - el Templo del Amanecer- y del río colocadas en columna, una encima de la otra. La inferior era un grabado europeo de finales del siglo XIX y mostraba la zona próxima al templo, tal como se debía poder contemplar desde un sampán que bajara por el centro del cauce. Sobre los tejados de las casas de madera de una sola planta y por sobre las copas de los árboles, el templo se alzaba imponente dominando la amplia curva del río. Las dos fotografías superiores eran fotografías aéreas: la del centro correspondía a la zona de Thonburi colindante con el *Wat Arun*; y la superior, más reciente, era del Bangkok de cristal y cemento, el nuevo centro financiero y comercial de la ciudad. Y era como si entre ellas y la primera hubiesen pasado no cien, sino quinientos o mil años. Salvo por unos

pocos edificios aislados, la segunda y, sobre todo, la tercera fotografía podía corresponder al centro financiero de cualquier metrópoli del mundo desarrollado.

Como tres años antes, durante las dos semanas de vacaciones en China, o como hacía dos, durante un viaje a Hong Kong y a Bali, inapelable, me embargó una mezcla de pesar y tristeza. Un sentimiento nacido de la combinación de varias preguntas sin respuesta y algunas no muy alentadoras conjeturas: sobre la especie humana, sobre la desigualdad entre países y grupos sociales, sobre diversidad y homogeneidad, sobre el futuro de los seres humanos en un planeta sometido a una expoliación creciente de sus limitados recursos.

Partimos hacia España en plena inundación monzónica, con cincuenta de las setenta y tres provincias del país cubiertas por las aguas. Los informativos de la televisión explicaban la magnitud del desastre. Tailandia, uno de los principales exportadores de arroz del mundo, podía verse obligada a comprar masivamente arroz durante

el año entrante. Y, sin embargo, por difícil que fuese la situación yo sabía que se recuperarían. Porque por alguna razón, uno tiene la sensación de que, por graves que sean las catástrofes en Asia, allí siempre queda una esperanza. No pude dejar de pensar en otras partes del mundo que conocía, en particular África. De forma que si la noche anterior me había prometido que al llegar a Madrid releería *La Línea de Sombra*, al bajar del avión había cambiado de opinión: releería *El Corazón de las Tinieblas* que es donde un escritor polaco que iba para marino y escribió toda su obra en inglés construyó su metáfora más acabada de la locura humana, usando para ello otro gran río de otro gran continente. Y es que durante el vuelo me dio por pensar que el héroe europeo empequeñece en Asia, un continente donde el protagonismo suelen tenerlo las grandes organizaciones (en general jerarquizadas y rígidas) y las masas (más o menos estructuradas) pero no los individuos, mientras ese mismo héroe enloquece en África, donde las fuerzas telúricas de la naturaleza lo devuelven de golpe a

su originaria condición de primate acobardado y agresivo, a menudo peligroso para sí mismo y para quienes le rodean.

Ya en casa, repasando las fotos y notas del viaje, decidimos que el año siguiente saldríamos de Bangkok y sus alrededores para recorrer el país. Pero no como la mayoría, en avión y hacia el sur, hacia las playas y enclaves de moda como Phuket o Ko Samet, sino por carretera y hacia el norte: de Bangkok a Chiang Mai en el tren nocturno; y de allí a Chang Rai y al Triángulo de Oro en coche. Que cruzaríamos luego el Mekong para entrar en Laos. Y que seguiríamos navegando el río hasta Luang-Prabang y, si era posible, hasta Vientiane.

Lo hicimos el años siguiente (excepto el tramo entre Luang Prabang y Vientiane pues el Mekong no siempre se deja navegar en esa parte y había disturbios en los distritos Mon situados a lo largo de su curso) y resultó inolvidable.

Pero esos son ya otro viaje y otro río.

Alberto Infante

Junio 2007